

LIBRO CATORCE.

Proyecto de declaracion real propuesta por el Senado á Luis XVIII.—Su negativa.—Se traslada á Saint-Ouen.—Diputacion del Senado.—Discurso de Mr. de Talleyrand.—Declaracion de Saint-Ouen.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Su acompañamiento.—Va á la catedral.—Su entrada en las Tullerías.—Nombramiento de sus ministros.—Mr. de Ambray.—El abate de Montesquion.—El abate Luis.—Monsieur Bengnot.—El general Dupont.—Mr. Ferrand.—Mr. de Talleyrand.—Mr. de Blacas.—Memoria de Fouché á Luis XVIII.—Creacion de la guardia del rey.—Carta de 1814.—Oposicion de Mr. de Villele.—Tratado de Paris.—Marcha de los aliados.—Formacion de la Cámara de los pares.—Apertura de las cámaras el 4 de junio de 1814.—Discurso del rey.—Discursos del canciller de Ambray y de Mr. Ferrand.—Mensaje de la Cámara de los pares y del Cuerpo legislativo.—Decreto sobre la observancia del domingo.—Proyecto de ley sobre la imprenta.—Discurso del abate de Montesquion.—Informe de Mr. Raynouard.—Adopcion de la ley por el Cuerpo legislativo y la Cámara de los pares.—Medidas rentísticas presentadas al rey por el abate Luis.—Ley de restitucion de las rentas y bienes no vendidos.—Exposicion motivada de Mr. Ferrand.—Informe de Mr. Bedoch.—Discursos de Mr. Lainé y del mariscal Macdonald.—Adopcion de la ley.—El general Excelmans y el mariscal Soult.—El duque de Orleans en el palacio real.—El duque y la duquesa de Angulema en la Vendée.—El duque de Berry.—El conde de Artois.—El principe de Condé.—El duque de Borbon.—Vuelta de la Francia á los Borbones.—Situacion de Luis XVIII.—Partida de Mr. Talleyrand para Viena.—Congreso de Viena.

I.

Sin embargo, el emperador Alejandro volvió á Paris, y refirió la impresion que le habia causado la firmeza de Luis XVIII y su negativa. El Senado temblaba, vacilaba y retrocedia: Mr. de Talleyrand iba perdiendo cada dia

terreno en su papel de mediador confidencial de las exigencias de unos, y la obstinacion de los otros, y engañándolos á todos. Planes dulcificados y enmendados de constitucion se sucedian vanamente unos á otros en el Luxemburgo, en los salones de aquel ministro. El diplomático conservó el tono festivo con los puritanos del Senado, para prepararlos á los sacrificios por la duda esparcida de antemano en su consejo: «Vais les decia, á habéros las con un rey que es un hombre superior: esperad á verle discutir vuestra constitucion; preparaos al honor de entrar en controversia con él.»

Los senadores sometieron al fin á Mr. de Talleyrand un proyecto de declaracion real en que hacian prometer á aquel principe conservar el Senado, á cuyas luces reconocia que debía el haber vuelto á su reino. Mr. de Talleyrand fué á Compiègne á presentárselo al rey, bien seguro de que no sería aceptado. Pero aquel principe, tan inflexible á las insinuaciones del negociador como lo habia sido á las intimaciones de Alejandro, respondió con altivez á Mr. de Talleyrand: «Si aceptase una constitucion de mi pueblo, en la sesion en que jurase observarla vos estariais sentado y yo de pie.» Solo la actitud del que presta un juramento ante el que le impone, le parecia al rey la refutacion mas enérgica del papel subalterno que las pretensiones del Senado querian señalar á la corona. Meditaba otro para ella: queria confundir la magestad de un descendiente de Luis XIV y la prudencia de un político del siglo XIX, iba á pacificar una revolucion sin reconocerla, en una sabiduria que emanase del trono, no por sugestion sino por inspiracion. Pero el temor al emperador Alejandro y el deseo de gastar la resistencia de aquel principe por medio de la contemporizacion le impidieron entrar inmediatamente en la capital. Queria acercarse á ella paso á paso, á fin de aumentar el deseo del pueblo por la impaciencia. Los realistas que á cada momento iban á referirle los sentimientos de aquel pue-

blo decían al rey que al aproximarse estallaría un movimiento irresistible de opinion á pesar del emperador de Rusia y del Senado, y que una aclamacion echaria por tierra las barreras facticias que querian elevar entre la nacion y él. Se trasladó al palacio aislado de Saint-Ouen, antigua morada de Mr. Necker, en la llanura de San Dionisio, á las puertas de París, como si hubiese querido, con la eleccion de aquel lugar de conferencias recordar á la nacion un ministro popular que él mismo habia sostenido en otro tiempo en la convocatoria de los Estados generales del reino. La necesidad de preparar su entrada régia en París fué el pretexto de una mansion inexplicable al pie de los muros de su capital. El verdadero motivo fué una última negociacion con Alejandro y con las resistencias de opinion que le disputaban el poder supremo.

II.

Pero aquella aproximacion era una amenaza á la que el Senado, á la vez apremiado y contenido por Mr. de Talleyrand, no resistió. Apenas se estableció el rey en Saint-Ouen, cuando todos los realistas, ó que aparentaban serlo, acudieron á aquella residencia. Paris se despoblaba de impaciencia, de emocion y de curiosidad hacia Saint-Ouen. El Senado se apresuró á enviar una diputacion encargando á Mr. de Talleyrand que usase la palabra en su nombre. Esta, que no tenia otra mision mas que la de salvar las apariencias, se procuró que fuese tan flexible y tan agradable al rey, como reservada y digna para el Senado. Pero se conocia ya en ella la resistencia que se cansa y las pretensiones que capitulan con la fuerza refugíandose en el sentimiento.

«Señor, decia Mr. de Talleyrand en nombre de la

diputacion del Senado, todos los corazones sienten que ese beneficio no podia deberse mas que á vos: asi, todos se precipitan á vuestro paso. Hay júbilos que no pueden fingirse, y el de que ois los trasportes es verdaderamente nacional.

«El Senado profundamente conmovido con ese patético espectáculo, y dichoso en confundir sus sentimientos con los del pueblo, viene como él, á depositar al pie del trono los testimonios de su respeto y de su amor.

«Señor, calamidades sin número han desolado el reino de vuestros padres. Vuestra gloria se ha refugiado en nuestros campamentos; los ejércitos han salvado el honor francés; al subir al trono sucedeis á veinte años de ruinas y de desgracias.

«Esta herencia podria asustar á una habitud comun; la reparacion de tan gran desórden exige la abnegacion de un grande valor; son necesarios prodigios para curar las heridas de la patria; pero somos vuestros hijos y los prodigios están reservados á vuestros cuidados paternales.

«Cuanto mas difíciles son las circunstancias, tanto mas poderosa y reverenciada debe ser la autoridad real. Hablando á la imaginacion con toda la brillantez de los antiguos recuerdos, sabrá conciliarse todos los votos de la razon moderna, prestándola las mas sábias teorías políticas.

«Una carta constitucional unirá todos los intereses al del trono, y fortificará la voluntad primera con el concurso de todas las voluntades.

«Vos sabeis mejor que nosotros, señor, que semejantes instituciones tan bien experimentadas en un pueblo vecino, son un apoyo y no unas barreras para los monarcas amigos de las leyes y padres de los pueblos.

«Sí, señor, la nacion y el Senado, llenos de confianza en la alta sabiduría y en los magnánimos sentimientos de vuestra magestad, desean como ella que la Francia sea libre para que el rey sea poderoso.»

El rey afectando una magestad silenciosa, como un espíritu en que la resolución ya no delibera, se limitó á contestar con una de esas vagas «gracias» que todo lo dejan esperar y temer. No hizo ninguna alusión á los términos ambiguos y políticos con que Mr. de Talleyrand habia envuelto las pretensiones espirantes del Senado. Aquel silencio correspondia bastante á él por su desprecio, y como si hubiera querido arrostrarlos ó desafiarnos, hizo publicar algunas horas despues la famosa declaración de Saint-Ouen, *ultimatum* de la corona á la revolución. Aquella declaración recordaba en todo la de Luis XVI cuando este príncipe quiso eludir tardíamente los Estados generales anticipándoseles por concesiones al siglo. Pero Luis XVI hablaba solo y sin fuerza la víspera de una revolución que no queria esperar. Luis XVIII hablaba en medio de un millon de bayonetas europeas dueñas del suelo de la patria, al corazón de un pueblo fatigado de veinte y cinco años de luchas y sobre las ruinas de un imperio, que pedia á la autoridad real no la libertad sino la vida. El emperador Alejandro, que habia tenido noticias por la mañana de aquel proyecto de declaración exigió en términos imperiosos la modificación de algunos artículos.

Aquella declaración se espresaba así:

«Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á todos los que las presentes viesen, salud.

«Llamado por el amor de nuestro pueblo al trono de nuestros padres, iluminado por las desgracias de la nación que somos llamado á gobernar, nuestro primer pensamiento es invocar esa confianza mútua tan necesaria para nuestro reposo y nuestra felicidad.

«Despues de haber leído con la mayor atención el plan de constitución propuesto por el Senado en su sesión del 6 de abril último, hemos observado que sus bases eran buenas, pero que un gran número de artículos llevan el sello de la precipitación con que han sido redacta-

dos, y que no pueden, en su forma actual ser leyes fundamentales del Estado.

«Resuelto á adoptar una constitución liberal, deseoso de que sea sábiamente combinada, y no pudiendo aceptar una que es indispensable rectificar, convocamos para el día 10 del mes de junio del presente año al Senado y al Cuerpo legislativo, comprometiéndonos á presentarles el trabajo que hayamos hecho con una comisión elegida del seno de ambos cuerpos, y á dar por base de esta constitución las garantías siguientes:

«El gobierno representativo será conservado tal como existe en el día, dividido en dos cuerpos, á saber: el Senado y la Cámara de los diputados de los departamentos.

«El impuesto será libremente consentido:

«La propiedad pública é individual asegurada:

«La libertad de imprenta respetada, salvo las precauciones necesarias para la tranquilidad pública:

«La libertad de cultos garantida:

«Las propiedades serán inviolables y sagradas: la venta de los bienes nacionales permanecerá irrevocable:

«Los ministros, revocables, podrán ser acusados por una de las cámaras legislativas, y juzgados por la otra:

«Los jueces serán inamovibles: el poder judicial independiente:

«La deuda pública será garantizada; las pensiones, grados y honores militares serán conservados, como también la antigua y moderna nobleza:

«La legión de honor, cuya condecoración determinemos, será conservada:

«Todo francés será admisible para los empleos civiles y militares.

«Y en fin, ningún individuo podrá ser molestado por sus opiniones y sus votos.»

III.

Una inmensa aclamacion del pueblo saludó aquella declaracion de principios, que se fijó con profusion en todas las esquinas de París como un preámbulo de reinado. Era la revolucion legitimada por la autoridad real, el tratado de pacificacion entre lo pasado y el porvenir, la amnistia mútua del rey al pueblo y del pueblo al rey. No se disputó acerca del origen de donde provenia aquel reconocimiento de la revolucion. Poco le importaba en aquel momento á la nacion, que aquella constitucion bajase del trono ó saliese del pueblo, con tal que garantizase sus conquistas al siglo y sus intereses al pais. La popularidad de Luis XVIII todo lo arrastró en la corriente de la pública alegría. Los realistas, únicos que habian conservado en su destierro los sofismas, los sistemas ó las supersticiones de la dignidad real sin contrapeso, murmuraban sordamente contra una sabiduría que llamaban por lo bajo cobardía. Aquellos murmullos de algunos atrasados en el siglo, solo servian para aumentar el aprecio público del rey. Cuanto mas los obstinados cortesanos del principio muerto repudiaban á aquel príncipe mas le adoptaba la nueva nacion.

El rey se aprovechó con habilidad de aquel movimiento apasionado de asombro y de entusiasmo, para volver á entrar en la ciudad y en el palacio de sus padres. Todo un pueblo estaba de pie para anticipársele y volverle á ver.

IV.

El 3 de mayo de 1814, la llanura de Saint-Ouen, las colinas de Montmartre, las avenidas de París y las

orillas del Sena, estaban cubiertas como las gradas de un circo de un gentío inmenso, y de las tropas que habian salido de las aldeas y arrabales para asistir á la entrada del rey en su capital. Lo despejado del cielo, un sol radiante y un verdor de primavera, parecian asociar la naturaleza á aquella multitud para solemnizar una de las épocas mas asombrosas de la vida de una nacion, la primera entrevista de un pueblo y de un rey, la reconciliacion de una corona proscripta y de una revolucion pacificada, la libertad en fin del suelo de la patria por la mano desarmada de un sábio.

El rey salió á las once de los jardines de Saint-Ouen, en donde dejaba el grato recuerdo de su permanencia, las huellas de sus meditaciones, y de que hizo mas tarde un homenaje monumental á una favorita de la amistad. Un inmenso y suntuoso cortejo á caballo formado de los príncipes de su casa y de los hombres notables de las dos épocas; emigrados, soldados de la República, cortesanos de Hartwell, cortesanos de las Tullerías, generales extranjeros, mariscales del Imperio, nombres consulares de todas las fechas de la historia de los treinta últimos años, nombres ilustres de la antigua monarquía, ministros, administradores, diplomáticos, escritores ú oradores célebres, confundidos en grupos por la reconciliacion de las circunstancias y por el milagro de los acontecimientos, precedian, seguian y rodeaban el coche descubierto del rey tirado por ocho caballos blancos de las caballerizas del emperador. Los uniformes y los trages de aquella comitiva de todas fechas, de todos los reinados, de todos los ejércitos, atestiguaban el encuentro de todo un pueblo y de toda la Europa, en aquel recibimiento unánime de un soberano por largo tiempo ausente que volvía á representar, confundir y unir dos tiempos. Ningun príncipe era mas apropósito que Luis XVIII para personificar aquella reconciliacion y para representar paternalmente al viejo siglo que se hacia acoger de nuevo.

Su edad imponía por la madurez de los años sin ofrecer todavía ningún otro signo de decadencia, que sus cabellos blancos, apariencia de sabiduría sobre un rostro todavía joven: los achaques de sus piernas, se encubrían á la multitud por un manto que le caía sobre las rodillas. Pero aquel rey sentado, cuya vida forzosamente sedentaria, y cuyos padecimientos eran bien conocidos, era un símbolo de reconciliación y de paz. Aquella misma enfermedad, interesando por aquel anciano parecía ofrecer una prenda de reposo, pasión unánime en aquel momento de la Francia. Su fisonomía marcada de una fina inteligencia, el brillo y la firmeza de sus miradas que caían desde arriba sobre aquella multitud, como la de un pensamiento acostumbrado á mirar sin asombrarse á su pueblo; la curiosidad y el asombro natural de sus ojos que procuraban reconocer al través de las alteraciones de veinte y cinco años los horizontes, las campiñas, las paredes, los monumentos de su juventud; las preguntas que dirigían de cuando en cuando á los personajes de su séquito mas afortunados que él y que no habían jamás abandonado la patria; aquella alegría íntima y triste del regreso, mezclándose en sus facciones á la dignidad de una entrada triunfal; su traje extranjero que recordaba el tiempo y el destierro; aquella princesa á su lado, la duquesa de Angulema, á quien la patria arrepentida no podía devolver mas que un nombre, pero no una familia, que había desaparecido en la borrasca; las lágrimas involuntarias que luchaban con la felicidad, en los ojos de aquella huérfana del cadalso; el anciano príncipe de Condé, veterano de las guerras monárquicas, debilitado de cuerpo por cerca de un siglo de combates, debilitado de inteligencia y de memoria por el destierro, y paseando sus miradas de niño por aquella pompa de que era objeto que apenas parecía comprender; el duque de Borbon, su hijo, con el rostro y el corazón enlutado como si siguiese el cortejo fúnebre del duque de

Enghien en vez de seguir el triunfo de la corona; el conde de Artois, sonrisa y popularidad caballeresca de la dinastía, á caballo al estribo de la carroza, que parecía presentar su hermano al pueblo y el pueblo á su hermano; sus dos hijos los duques de Angulema y de Berry, herederos futuros del trono, uno modesto y reflexivo, y afectando otro la rudeza marcial de los oficiales del Imperio; el brillo de las armas, el movimiento de los caballos, la ondulación de los penachos, el valladar viviente del pueblo y de los soldados; las casas llenas de mujeres y niños hasta en los tejados; los balcones adornados con banderas blancas, las palmadas, las prolongadas aclamaciones, que espiraban y renacían á cada giro de las ruedas de la carroza real, la lluvia de flores que caían desde los balcones y cubrían el suelo, los instrumentos músicos, el redoble de los tambores, las salvas de artillería en Montmartre, y los Inválidos, que interrumpían los cortos silencios de la multitud y eran como el rechazo de las emociones de un millon de hombres; todos aquellos aspectos, aquellas miradas, aquel ruido, aquel asombro, y aquellos sentimientos de la multitud, daban á la entrada de Luis XVIII en París un carácter tan patético y sensible, que borraba hasta la misma pompa de una entrada triunfal. La naturaleza tenía mas parte en ella que el ceremonial. Había algo de padre en el rey, de piedad filial en aquel pueblo y de lágrimas sinceras en ellos. Volvían á verse después de una larga separación, procuraban reconocerse mutuamente, presentirse, esperaban unos en otros y deseaban amarse: el corazón de un rey y el de un pueblo, no palpitaron quizá nunca tan cerca uno de otro. La tradición monárquica recobraba un trono, el destierro una patria, la revolución una consagración, lo pasado un olvido, el porvenir una prenda, las ideas un árbitro, la patria la independencía, y el mundo la paz.

El rey recibió en la puerta de San Dionisio las llaves

de París de manos de Mr. de Chabrol, prefecto en tiempo de Napoleon. Se las devolvió con una palabra de confianza, como para imprimir á su gobierno una significación de amnistia por todos los servicios prestados bajo otra bandera, y para dar una prenda de inmutabilidad á todos los funcionarios del imperio. El cortejo avanzó desde allí por los cuarteles mas populosos de París hasta la catedral. Fué recibido como sus abuelos á la puerta de aquel templo del viejo culto, y de la vieja dinastía por el clero, que le presentó el agua lustral y los símbolos de la soberanía. «Hijo de San Luis, dijo á los sacerdotes que le recibieron en el santuario, imitaré sus virtudes.» Atribuyó tambien el fin de las desgracias de su raza á la protección de Dios y de su madre, como para avivar desde la primera palabra las piadosas costumbres de Luis XIII y las ceremonias queridas á la credulidad del antiguo pueblo. Politico, con los politicos, creyente, con los creyentes, rey de las dos edades que se volvian á encontrar bajo aquellas bóvedas en él. Despues de los cánticos de alegría que la iglesia consagra á las victorias ó á la felicidad de las naciones, el rey y los principes volvieron á subir en el carruaje, y atravesaron por entre las oleadas del pueblo las calles y malecones que separan la catedral del Louvre. La fisonomía del principe, y la de la duquesa de Angulema, se entristecian segun iban aproximándose á las Tullerías en donde se habia preparado su mansion. El rey no habia visto aquel palacio desde el dia de la partida de Luis XVI y de la reina para Varennes, vispera de su cautiverio y de su largo suplicio; la duquesa de Angulema, desde la mañana del 10 de agosto cuando habia huido dando la mano á su padre, al oír el ruido del asalto que derribaba las puertas pasando por encima de los cadáveres de sus defensores. Las aclamaciones de aquella multitud, que parecian darle una reparacion de su familia sacrificada, se confundian en su memoria con los clamores de las gran-

des sediciones, que en otro tiempo habian sitiado su infancia en aquellos mismos patios. Al pasar por enfrente del antiguo palacio de San Luis, la Consergeria, no pudo ver sin desfallecer las lumbreras y las rejas del calabozo de su madre. Al bajar del carruaje en la puerta de las Tullerías, cayó desmayada en brazos de sus servidores y la trasladaron medio muerta á su habitacion. Allí pasó encerrada el resto del dia entre Dios y el recuerdo de su estinguida familia. La era necesaria la soledad y la oracion, para hacerla tolerables aquellas grandezas cuyos reverses conocia, y aquellos triunfos cuyos cambios presenciaba.

V.

El rey recorrió los salones de palacio, llenos todavía de todo el lujo y de todas las pompas militares del Imperio. No habia habido tiempo para borrar de las paredes las cifras coronadas de Napoleon, ni para quitar las estatuas, los cuadros y los retratos, en los que durante diez años habia contemplado su imagen y su gloria: Luis XVIII se sentia bastante fuerte y glorioso por sus antepasados para mirar sin cólera y sin envidia, aquellos vestigios de un soldado de la victoria. De este modo parecia adoptar todo cuanto habia decorado á la Francia, aunque fuese contra él. Aquella magnanimidad de su derecho tranquilizaba y enternecia á los guerreros de la corte de Napoleon, que le introducian en el palacio de su gefe: Manifestábanse envanecidos de verse adoptados por aquella monarquía de los siglos pasados, que parecia dar antigüedad á sus nuevos títulos. Prosternábanse ante el tiempo, para que este mezclase sus nombres recientes, á los antiguos nombres de la monarquía. Dos cortes rivalizaban en adulaciones, unas naturales, y serviles otras, y se confundian para recibir en el palacio al

rey y su familia. Luis XVIII, pareció olvidar á sus antiguos servidores, para no ocuparse mas que de los nuevos. Su corazon estaba con la emigracion, pero las sonrisas eran para el imperio y la revolucion. La estátua de su abuelo Enrique IV que habia vuelto á ser colocada en el puente nuevo para que la viese al pasar por él, y que habia saludado al atravesar el rio, parecia haberle inspirado su sonrisa y sus palabras. Hábil inconsecuencia de los soberanos reconciliados con sus súbditos, que sacrifican los amigos por reconquistar á los enemigos.

VI.

En cuanto la noche disipó aquella turba de cortesanos y aquella multitud ébria de esperanza, el rey retuvo á su lado á Mr. de Talleyrand y compuso su ministerio. Las circunstancias no permitian perder un momento para reinar. La Francia estaba conquistada, y era necesario tratar en su nombre de rescate y de libertad. Los ánimos fluctuaban y estaban ansiosos por saber la significacion del nuevo gobierno: la obra era difícil. Un acto ó un nombre, podian convertir el entusiasmo en desafeccion. Si la ambicion inquieta y el imperialismo descontento tenian sus exigencias, la opinion realista tenia sus arrebatos, la emigracion sus susceptibilidades y sus ambiciones, la duquesa de Angulema sus repugnancias, y el conde de Artois y su córte, sus audacias contra-revolucionarias y sus pretensiones. El rey, de acuerdo con Mr de Talleyrand, buscó nombres sepultados largo tiempo hacia en la oscuridad y en el retiro, cuyo mérito era un misterio, cuyas opiniones eran un secreto, y cuya sabiduria é imparcialidad presuntas, desarmaban la envidia y tenian al menos el prestigio de lo desconocido. Aquellos nombres fueron tomados en su mayor parte de

la antigua magistratura parlamentaria. Como si el rey al escoger aquellos hombres intermedios entre los plebeyos y los patricios, hubiese querido tranquilizar á la aristocracia y á la clase media, y dejar su favor indeciso entre la antigua y la nueva nobleza. Nombró canceller de Francia y ministro de la Justicia á Mr. de Ambray. Este, antiguo fiscal general del parlamento de París, se habia distinguido antes de la revolucion en el ejercicio de sus funciones, por un talento que la memoria y el largo retiro habian exagerado. No habia emigrado. La revolucion y las persecuciones le habian respetado en su retiro en Normandía, como uno de esos hombres que se doblan bastante á las circunstancias, y que desaparecen en las revoluciones de su pais, para ser respetados y tolerados por todos los partidos. Su titulo para las funciones de canceller con que el rey le investia, era el ser yerno del antiguo canceller de Luis XVI, Mr. de Barentin, especie de herencia de los elevados cargos de la corona, á la que Luis XVIII se atenia estrictamente, como á una de las tradiciones sagradas de la dignidad real. Mr. de Ambray era inferior á su tiempo; propio únicamente para honrar la justicia con virtudes personales, pero incapaz de elevar sus funciones hasta la altura de un sistema político adaptado á una transicion de genio entre dos reinados. Formular y firmar las órdenes de la córte, era toda su aptitud y toda su adhesion. Pasaba por haber sostenido una correspondencia secreta con Hartvell, durante el reinado de Napoleon, como tambien su suegro Monsieur de Barentin. Aquellas especies de correspondencias conocidas y toleradas por la policia de Napoleon, porque eran evaporaciones sin riesgo de las opiniones realistas, y revelaban al mismo emperador los pensamientos inofensivos de los últimos partidarios de los Borbones, eran sin embargo un titulo para el reconocimiento del rey, que pagaba á su advenimiento al trono. Aquella adhesion le parecia meritoria, aunque no hubiese corrido peligro.

Era bien fácil hacer creer á la nacion y á la Europa, que no lo debia todo á la fuerza de las cosas, sino que tambien tenian alguna parte en su regreso, sus hábiles y secretas negociaciones de Hartwell. De este modo recompensaba mas fidelidad de la que presumia.

VII.

El abate de Montesquion, otro de sus corresponsales íntimos, y su verdadero negociador entre la opinion y él, fué nombrado ministro de lo Interior. Mas propio para la corte, que para los negocios y la administracion, el abate de Montesquion tenia demasiada flojedad para un hombre de Estado. Bordeando entre dos ideas y dos épocas sin satisfacer ni irritar á ninguna de ellas, tenia el único mérito de los espíritus fluctuantes, el de su debilidad. El abate Luis, hombre consumado en hacienda y apasionado contra el despotismo imperial, adicto á Mr. de Talleyrand por analogía clerical, y por analogía de repudiacion del sacerdocio, fué llamado al ministerio de Hacienda, arruinada por Bonaparte y por la invasion. Se necesitaba en él, génio, actividad, audacia, é iniciativa. El abate Luis, que habia estudiado en la escuela de Mirabeau, de Necker, y de Calonne, los misterios del crédito y los milagros de la confianza, entraba con ánimo firme, y mano atrevida. No desesperaba al encargarse de un tesoro exhausto, y que tenia que hacer frente á exigencias insaciables del estrangero y de la emigracion. Evocó del seno de aquellas ruinas el verdadero génio de la hacienda, la probidad del gobierno: encontró la riqueza en la prodigalidad del reembolso.

Mr. Beugnot recibió la direccion general de Policia, verdadero ministerio de la opinion, el mas importante de todos para un príncipe nuevo, que debe conocer á fondo

el espíritu de los partidos para tratar con ellos. Mr. Beugnot, hombre de un talento general y de una flexibilidad llena de gracia, parecia indicado por su carácter y sus antecedentes para aquellas difíciles funciones. Engañó todas las esperanzas: demasiado superficial para ver bien, demasiado adicto para aconsejar bien, era demasiado flexible para resistir á los caprichos de la corte.

VIII.

Un hombre envuelto en una de esas nombradías misteriosas, que ocultan mucha nulidad, bajo mucha consideracion, fue encargado de las postas: era este Mr. Ferrand. Aquel era entonces un segundo ministerio de la Policia, formado por el emperador para el espionaje de las opiniones. Mr. Ferrand, antiguo parlamentario como Mr. de Barentin y Mr. de Ambray, habia emigrado. Cansado del destierro habia vuelto á entrar en su patria á principios del imperio. Semejantes hombres no inquietaban á Napoleon. Adoradores y restos del antiguo régimen, les perdonaba fácilmente sus sentimientos en favor de sus dogmas. Aquellos hombres como Mrs. Fontanes, Montlosier, Molé, Ferrand y Bonald, formaban la teoria de su despotismo. Cuando no podia atraerlos á su trono, los enaltecia en la opinion. Eran aliados que respetaba y que acariciaba en el campo de los Borbones. Mr. Ferrand habia escrito un libro titulado *Espritu de la Historia*, larga y fastidiosa paradoja contra todas las novedades y libertades del espíritu humano. Aquel libro, adoptado por la Universidad del imperio como un catecismo de la servidumbre razonada, y encomiado por la nobleza y por el clero como una dedicacion de lo pasado, habia formado á su autor una de esas glorias cubiertas con un velo que nadie levanta, y ante las que todo el mundo se inclina.

por solo su palabra. Luis XVIII parecia que participaba tambien de aquel culto á la autoridad de Mr. Ferrand. Era el Montesquieu de las circunstancias que introducía en el consejo, y á quien encargaba meditar la constitucion.

En fin, Mr. de Talleyrand, como hombre de la necesidad y de la doble tradicion revolucionaria y monárquica, recibió el ministerio de Negocios Estrangeros, y la presidencia del consejo de ministros. Su gracia, su indiferencia, su negligencia que todo lo dejaba flotar, menos su fortuna; sus palabras de doble interpretacion, sus sonrisas á las dos opiniones, su deferencia para con el rey, y su crédito con Alejandro, le hacian el centro aceptado, el auxiliar y la esperanza de todo el consejo.

IX.

El rey no reservó á la amistad mas que una plaza, la mas humilde en la apariencia, pero la mas importante en el fondo. Fué esta el ministerio de la casa real, verdadera mairia del palacio, sucesion del gran mariscalato del Imperio, establecido por Napoleon en favor de sus mas íntimos servidores, ministerio del favoritismo en el reinado de un príncipe que no podia pasarse sin un amigo. Aquel ministerio, olvidado ó concedido por Mr. de Talleyrand, fué dado á Mr. de Blacas, sucesor del conde de Avaray en el corazon del rey. Era la intimidación de Hartwell, trasportada á las Tullerías, y trasformada en poder político. Aquel ministro, que tenia abierta ó cerrada la puerta del gabinete del rey, que recibía á los demas ministros, que reasumía su trabajo, que examinaba sus comunicaciones al príncipe, que era el único que oía, y trasmitía la palabra al rey, no tardó en absorberlo todo. La responsabilidad y la constitucion fueron borrar-

dose ante la costumbre y el carácter. La verdad no pudo atravesar sin un pasaporte de Mr. Blacas. Imbuido de una fidelidad supersticiosa hácia su amo, extraño al país, nuevo en los negocios, y despreciador de la opinion, toda libertad y severidad de lenguaje le hubiera parecido un atentado de lesa magestad contra su soberano.

El conde de Artois, humillado de las lijerizas que habia cometido, empeñando la palabra de su hermano al Senado, y entregando las plazas fuertes á los aliados, se retiró al pabellon de las Tullerías que le estaba señalando, con sus hijos y su pequeña corte de emigrados revoltosos, de obispos implacables, nuevos aventureros del antiguo régimen, y malos consejeros de su debilidad. El rey le colmó de honores casi reales, de munificencias, de crédito, de guardias, casi rey por las pompas de su casa, pero separado respetuosamente del gobierno, del que el rey sabia que era tan ambicioso como incapaz. Los favoritos del hermano del rey, comenzaron desde aquel dia á infundirle la oposicion, el descontento y las intrigas contra el sistema pacificador de la corona, y á agitar sordamente el palacio, el gobierno y la familia real. Dos espíritus parecia que habian entrado con una sola familia en las Tullerías, y se dividian ya la nacion.

X.

Fouché, impaciente por señalarse á los ojos del nuevo monarca, y lavar la sangre de Luis XVI, con servicios audazmente ofrecidos, hizo presentar al rey una memoria en la que desde los primeros dias trazaba á aquel príncipe el camino, en que segun decia, seria seguido por la nacion. Su título de antiguo ministro de la Policía, la ambigüedad de su papel durante los últimos años del imperio, su desgracia y su relegacion á Italia, y has-

ta su misma traición, hacían preciosos sus consejos, al rey y á Mr. Blacas. El ministro confidencial y el príncipe los leyeron con atención, y formaron de ellos la línea de sus principios políticos. La audacia y la rudeza de aquellos consejos, les dieron mas autoridad en el ánimo del rey. Creía poder fiarse de un hombre que despreciaba en la aparienciencia el complacer, y que no temía adular con la adulación peor de todas, que se encubre con la insolencia, el servilismo, y que sazona la ambición con verdades.

«Queremos, de buena fé, decía Fouché en aquella memoria que encontró el rey sobre la mesa de su gabinete al levantarse, queremos de buena fé y de todo corazón el restablecimiento de los Borbones. Todos sabemos que su reinado no puede ser ni tan duro, ni tan dispendioso, ni tan molesto como el de Bonaparte; estamos persuadidos de que el gobierno con sabiduría, justicia y moderación, cicatrizará una parte de nuestras heridas. Tenemos que espíar infidelidades con respecto á él. Pero tal es la confianza que tenemos en su bondad hereditaria, tal es el arrepentimiento que nos conduce hácia ellos, que nadie ha buscado ni en el territorio ni fuera de él, ningunos competidores, ni ha vuelto á subir pacíficamente al trono de sus mayores sin que haya derramado una gota de sangre ni una lágrima.

«Porque queremos de buena fé que los Borbones se restablezcan en el trono de Francia debemos desear que no escuchen á los consejeros estúpidos ó pérfidos que les impelen á ser el alma de un partido, mas bien que los padres de la nación, á demoler la obra que encuentran hecha y á atacar las ideas establecidas á riesgos de encender las pasiones, inflamar y agriar los amores propios y esparcir en los ánimos una desconfianza general cuyas consecuencias serian incalculables.

«Seguramente si la nación se estravía, conmueve y lanza á turbulencias, solo tendrán que atribuir su desgra-

cia á ellos mismos. Las tiendas están llenas de sus libelos y constituciones. Bonaparte, que no era mas liberal en materia de concesiones nos dejó, sin embargo, dos garantías, el jurado y la representación nacional, nuestros actuales juristas no quieren mas, pero afortunadamente el rey será menos realista que esas gentes. Tiene bastante entendimiento y un alma bastante elevada; su gusto, sus estudios en las ciencias y en la literatura le han puesto en relacion con demasiados hombres instruidos para que sea preciso temer que su reinado haga retrogradar al siglo XIX. La guerra que en nuestros dias se hiciese á las ideas liberales, costaría mas cara á la Francia que la revocación del edicto de Nantes; en todo caso sería mas peligrosa para los que la declarasen que para los que la sostuviesen.

«Ademas de los seiscientos mil ciudadanos que han vuelto al seno de sus familias despues de haber servido victoriosamente como militares, contamos todavía quinientos mil sobre las armas. Otros muchos hombres han participado mas próxima ó remotamente de sus opiniones ó sus escritos, de los acontecimientos de la revolución y del reinado de Bonaparte. Casi todos tienen energía y elevación en su carácter. Todos esos hombres que se creen elevados por los acontecimientos y las ideas de su siglo, no sufrirán que se burlen de lo que han hecho. No vituperarán á los que han seguido otro camino; pero que tampoco se los vitupere.

«La familia de los Borbones vuelve á subir al trono en las circunstancias mas favorables. La fuerza de la guerra nos había llegado á ser insoportable, deseábamos la paz. La conservación de cuatrocientos mil hombres que hubieran perecido este año se debe al regreso, de esos príncipes. Pero preservados de un escollo que la candidez y la lijereza de nuestros libelistas no les han dejado ver, Napoleon se cree todavía un coloso en su isla de Elba: nuestros enemigos le tienen aun en reserva como

